



Josep Baquer, sj.

**ACOMPañAR,
SERVICIO DE IGLESIA (2)
Ayudar a buscar la voluntad de Dios**

ACOMPañAR, SERVICIO DE IGLESIA (II)
AYUDAR A BUSCAR LA VOLUNTAD DE DIOS

Josep Baquer, s.j.

1. SENTIMIENTO DE CULPA Y PECADO	3
2. DIRECCIÓN ESPIRITUAL <i>VERSUS</i> ACOMPañAMIENTO (1)	10
3. DIRECCIÓN ESPIRITUAL <i>VERSUS</i> ACOMPañAMIENTO (2)	15
4. EL ACOMPañAMIENTO DEL QUE ACOMPañA	22
NOTAS	30

Este cuaderno es la segunda parte de mis notas y apuntes como profesor en el Postgrado de Acompañamiento Espiritual (PAE) que coorganizan EIDES-*Cristianisme i Justícia* y la *Fundació Vidal i Barraquer*. La primera parte se publicó en diciembre de 2011. Con él concluyo una reflexión que ha intentado responder a la máxima «Ayudar» que da nombre a esta colección. Ayudar a aquellos y aquellas que se sientan llamados a un ministerio cada vez más necesario: acompañar a las personas en su búsqueda de la voluntad de Dios.

Josep Baquer, s.j. es licenciado en Teología y Arquitectura Técnica. Asistente eclesial de CVX-Sagrada Familia y profesor del postgrado de acompañamiento espiritual de la *Fundació Vidal i Barraquer*.

Este cuaderno cuenta con la colaboración de la *Direcció General d'Afers Religiosos del Departament de Governació i Relacions Institucionals*



Generalitat de Catalunya
**Departament de Governació
i Relacions Institucionals**

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Edicions Rondas S.L. - Depósito Legal: B-4.234-2012 - ISBN: 978-84-9730-289-0
ISSN: 2014-654X - ISSN(ed. virtual): 2014-6558 - Mayo 2012

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se utilizarán para la gestión del servicio que le ofrecemos y para mantenerle informado de nuestras actividades. Puede ejercer los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a Barcelona, c/ Roger de Llúria 13.

1. SENTIMIENTO DE CULPA Y PECADO

Nos hallamos ante la eterna cuestión que suelen plantearse los médicos: son muchos los que dicen que en realidad más que enfermedades hay enfermos. Otros hablan en principio de enfermedades (aquello que destruye la salud o la va minando), y, aun sin dejar como trasfondo a los enfermos que las padecen, su interés se focaliza en las enfermedades y patologías que quisieran poder erradicar lo más posible en el entorno humano. Dejémosles en sus discusiones e investigaciones...

1.1. ¿Enfermo o enfermedad?

Si nos fijamos sólo en las enfermedades, siempre llegaremos a la conclusión de que se trata de algo negativo, intrínsecamente destructor.

Si nos fijamos en el enfermo –por tanto, en una persona afectada por alguna enfermedad o patología–, no siempre llegaremos a la conclusión de que aquel mal que hay en él sea intrínsecamente negativo. Más aún, todos conocemos el valor ambivalente de una patología: un mismo mal puede ser para una persona motivo de crecimiento humano, y para otra motivo de hundimiento y de pérdida del sentido de la vida.

1.2. ¿Pecado o pecador?

Tal vez podríamos hablar, por analogía, de “pecado” y de “pecador”:

a) Entendiendo por pecado todo lo que es intrínsecamente destructivo de la persona y de la comunidad de las personas, y que tiene su origen de alguna manera en la libertad humana.

b) Entendiendo por pecador aquella persona o aquel colectivo humano que, a partir de sus decisiones (u omisiones) ha dado origen a aquella dinámica de mal o de destrucción.

Sin embargo, como hemos de ver, esta terminología que se ha hecho común no pertenece propiamente al léxico profano,

sino al léxico teológico. En la calle, pecado/pecador vienen a ser sinónimos, respectivamente, de transgresión/transgresor de la ley y de la norma en sus diversas variantes: crimen/criminal, asesinato/asesino, robo/ladron, violación/violador, etc.

La historia y la experiencia nos muestran que siempre ha habido dinamismos de muerte y dinamismos de vida, y que las decisiones humanas proceden de estas fuerzas, aunque éstas no sean la explicación única. En esta línea se podría escribir una extensa historia del pecado en el mundo, así como una historia, todavía más extensa, de los pecadores que le han dado forma. Pero si alguien se pusiera a escribir este libro, se sorprendería al constatar que muchas personas que ciertamente no fueron ni criminales, ni extorsionadoras, ni ladronas, ni violentas, sino que, al contrario, fueron pacificadoras, pobres y acogedoras, luchadoras por la causa de la justicia, que no buscaron el propio interés, que se empeñaron en causas nobles y perdieron la salud en el cuidado de los enfermos, en suma “que pasaron por el mundo haciendo el bien”, se sorprendería, digo, al constatar que estas personas eran las que se consideraban a sí mismas más “pecadoras”; y esto, desde una máxima sinceridad, sin hacer comedia¹. El autor de este posible libro de la historia del pecado y de los pecadores descubriría que su sentimiento de culpa, —el de toda esa “buena gente”—, nunca logró paralizarles ni hundirles, sino que les dinamizó; y no sólo eso, sino que les ayudó a descubrir el sentido de su vida y a crecer como personas.

Parece que se puede hablar del concepto o dimensión de “pecado” de una forma bastante objetiva, como observando lo que pasa con mirada de periodista,

ya que el “mal” lo tenemos presente por todas partes, nos envuelve; pero al mismo tiempo hemos de constatar que sólo con esta mirada no se puede entender la dimensión y el sentido más profundo de este mal radical al que llamamos “pecado”.

1.3. Un término teológico

Entonces, hemos de preguntarnos: ¿Qué es, pues, el pecado?

El Obispo Oscar Romero afirmaba que el pecado era, «lo que mató al Hijo de Dios y sigue matando a los hijos de Dios». Ahora bien, ¿qué es lo que mata sistemáticamente? ¿Qué forma de enfermedad o epidemia? Podríamos responder que es la “fuerza del mal” que anida en el corazón de la persona humana, que crece y se reproduce en ella, que se contagia. El apóstol Pablo casi personaliza esta fuerza. Él mismo se siente sometido a ella cuando afirma que el mal hace que él mismo haga aquello que no quiere y deje de hacer el bien que quiere.² Ignacio de Loyola habla de *redes y cadenas*,³ que van condicionando y neutralizando la libertad, hasta llegar a impedir que la persona opte por el bien; más aún la vaya precipitando por una pendiente de autodestrucción y de destrucción de los demás.

Desde el punto de vista de la fe cristiana —que recoge toda la tradición veterotestamentaria, la complementa y la ilumina—, todo tiene su origen en Dios que es Comunión y que cuando sale de sí mismo (es una manera de decir) lo hace por un impulso de Amor con el fin de generar Comunión. La culminación del hecho creador es la persona humana⁴, creada a imagen de Dios⁵, y, en cuanto tal, se convierte en un misterio de libertad capaz de

acoger este Amor, de desarrollarlo (generar comunión) y de devolverlo. Este amor es lo que le permite crecer hacia la plenitud hasta culminar plenamente en la misma comunión trinitaria, en Dios mismo, origen y plenitud de todo.

El hecho de la creación de la persona en libertad, comporta la posibilidad misma de una respuesta negativa. La acogida y la respuesta al Amor no se puede forzar porque se mueve en el campo de la gratuidad. La persona puede ir disponiéndose a acoger el amor de Dios o puede pretender autoafirmarse al margen de Dios: la autosuficiencia humana es la raíz del pecado, entendido como pretensión de autoafirmación al margen de Dios.⁶

Soy consciente de que estoy resumiendo demasiado rápidamente el núcleo del misterio de nuestra fe, pero es imprescindible hacerlo para entender un poco de qué estamos hablando: el pecado no es más que una respuesta inadecuada al llamamiento al amor.

Esta negatividad comporta en sí misma una carga de muerte. Por eso no es de extrañar que Pablo relacione pecado y muerte, dinámica de pecado y dinámica de muerte.⁷ De momento no entramos a hablar de libertad y sus condicionamientos, o de la medida en que una persona puede ser libre. Aquí los psicólogos tendrían mucho que decir. Pero, a pesar de tantísimos condicionamientos, la persona acaba decidiendo hacer o dejar de hacer, y esto comporta consecuencias de muerte o de vida. Evidentemente, la responsabilidad será más o menos grande en función del grado de libertad con que se tome una decisión (aspecto moral de las decisiones), pero toda acción orientada a la muerte se convierte, en este sentido, en una bomba tem-

porizada que un día u otro explotará y generará consecuencias difíciles de controlar (dinamismo intrínseco de mal del pecado).

Por lo que se refiere a nuestra fe, el misterio central es el misterio de la Encarnación, en el que afirmamos que Dios mismo, desde su eternidad, viendo (tratamos de explicarlo desde nuestras limitadas e inadecuadas formulaciones) la situación de muerte generada por el pecado, y, por tanto, generada por la libertad humana mal desarrollada, decide entrar en nuestra historia, en nuestras coordenadas espacio-temporales, en la persona del Hijo.⁸ Hablar de pecado significa hablar de la causa y del motivo más profundo, que provoca en el Dios-Trinidad una decisión tan trascendental como la de entrar en nuestro mundo concreto a fin de rehacer y reparar con nosotros.

Ésta es la razón por la que ‘pecado’ es un término teológico: de alguna manera es lo que impide que el plan y el proyecto de Dios mismo pueda realizarse. En términos evangélicos diríamos que es lo que pone palos en la rueda de la realización del Reino de Dios, generando muerte y destrucción en vez de vida y comunión. Pero, al mismo tiempo, es causa de gozo, la causa de la entrada de Dios mismo en la persona del Hijo en nuestro mundo.

1.4. Experiencia mística

La palabra ‘mística’ nos impresiona mucho: la relacionamos con algo extraordinario o fuera de serie, algo que no está al alcance de la mayoría de los mortales, quizás porque los que hablan de ello, los que se han atrevido a escribir algo de sus vivencias, son personas tan extraordinarias, que sólo con leer sus relatos nos sentimos

ya como aturcidos. A veces pienso que es lástima que no nos hayan explicado sus experiencias místicas las personas “menos extraordinarias”, porque es cierto que la vida del cristiano, entendida como una llamada de Dios a la plenitud del amor, es algo que está al alcance de todo el mundo y no sólo de unos pocos privilegiados. Entonces tal vez comenzaríamos a pensar que lo que se llama mística no es algo fuera de nuestras posibilidades. Lo que sí es cierto es que se requiere decidirse a ello.

En definitiva, no se trata de otra cosa que del camino de la fe; y este camino es oscuro, pero atractivo y apasionante. Un camino que lleva a la comunión con Dios mismo, aquella comunión de la que antes hablábamos y que está en el origen mismo de la existencia de cada uno. Como dice Juan de la Cruz: «para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida... ni basta ciencia humana para lo saber entender, ni experiencia para lo saber decir; porque sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, mas no decir... y por tanto, para decir algo de esta noche oscura, no fiaré ni de experiencia ni de ciencia.» (*Subida*. Prólogo 1).

A medida que uno va avanzando por este camino de la fe, con sinceridad, llevado de la mano de Dios, procurando hallar su voluntad y responderle adecuadamente, acogiendo y compartiendo los gozos y esperanzas de todos los caminos, sea cual sea ese camino... a medida que uno va haciendo camino, cada vez más, va descubriendo el amor misericordioso de Dios mismo, y, en contraste, la desproporción de la respuesta en el amor; es entonces cuando el que camina, no el que se para, se descubre a sí mismo como pecador, como falto de amor. La experiencia

del pecado la hace el que está en camino. El que malvive parado nunca podrá saber qué es “pecador” o qué es “ser amado”.

La iluminación interior desvela todas las sombras. Dice Juan de la Cruz: «Y así doblan el trabajo a la pobre alma; porque acaecerá que la mayor pena que ella siente sea del conocimiento de sus miserias propias, en que parece que ve más claro que la luz del día que está llena de males y de pecados, porque le da Dios aquella luz de conocimiento en aquella noche de contemplación...» (*Ibid.* 5)

Por eso podemos decir que el concepto de “pecado” no es sólo un término teológico, sino que es la expresión mística de una relación amorosa todavía muy limitada e imperfecta. La relación entre Dios y el alma, entre Dios y la persona que quiere hacer camino conquistando cada vez cotas más altas de libertad, para poder amar y ahondar por caminos de gratuidad.⁹

Tal vez ahora podremos entender mejor lo que insinuábamos antes cuando decíamos que son los menos pecadores, los “santos”, los que más se consideran pecadores, como consta en toda la historia de la comunidad cristiana¹⁰. En este sentido, hablar de “sentimiento de culpa” es hablar de un don de Dios que permite al peregrino creer y hacer camino superando la noche oscura de la fe, con el deseo de llegar a la comunión con Dios.¹¹

1.5. Pero...

¿No estaremos levantándonos a mucha altura en poco tiempo? Tal vez sí. Pero conviene tener claros nuestros puntos de referencia. Proceder al revés no nos permitiría proyectar una mirada clara sobre el sentido del pecado y de la culpa.

Planteo la cuestión desde un punto de vista explícitamente creyente y confesional cristiano; lo cual no implica que todos los cristianos bautizados, ni los que teóricamente hemos optado por el seguimiento de Cristo, caminemos de hecho con suficiente energía por la noche oscura de la fe. Además, la vida presenta muchos altos y bajos, es muy compleja, cosa que hace que nos paremos o que permanezcamos, tal vez persistentemente, en los inicios del camino de la fe sin optar seriamente por el seguimiento de Jesús que sube a Jerusalén.¹²

En este estadio será bueno que aterricemos para orientar y positivizar lo que podríamos llamar el sentimiento de culpa, recuperando el sentido del pecado en medio de un mundo que habría querido apartarlo. Al menos, para tomar conciencia de la radicalidad, la desmesura y la carga de muerte que se da en el «pecado del mundo», del que nosotros somos también agentes y actores, de manera que no vivamos como si «eso no fuera conmigo».

1.6. Mecanismos de seguridad

La persona humana está equipada con un sistema operativo muy complejo, dotado de mecanismos de seguridad. Como pasa con nuestros ordenadores, aparecen unas preguntas en la pantalla que nos dicen, cuando das una orden: «¿Está seguro de que quiere eliminar este archivo?»; o se recurre a detectores de virus que podrían estropear el sistema. Estos mecanismos son válidos y necesarios tanto para los principiantes como para los expertos, ya que todos los amados de Dios, los hombres y mujeres creados a su imagen, y, por tanto, dotados de libertad, tienen en sus manos el ordenador de su vida, dotado con

determinados mecanismos de seguridad. Ahora bien, como pasa con los ordenadores, el objetivo no es tener el mecanismo, sino tener la capacidad de generar todo un conjunto de posibilidades. En nuestro caso, los humanos disponemos de esos mecanismos para poder desarrollar nuestra vida en un sentido positivo, debidamente protegidos.

Quisiera ahora referirme brevemente a tres temas bien conocidos de todos: la conciencia de culpa, el remordimiento y el arrepentimiento. Sobre esto hallaré mucha bibliografía y mucha literatura de todas las épocas. Aquí propongo sólo un resumen muy condensado.

a) La conciencia de culpa afecta directamente a la persona y a su responsabilidad. Es la percepción que tiene el individuo de que su actuación ofende algún valor, siendo él causa de ello. Se trata de una evidencia, no de un fruto de la reflexión, y, en este sentido, no admite discusión. Es lo que en el lenguaje popular se llama «la voz de la conciencia».

b) Esto produce un malestar: es el remordimiento. El remordimiento sitúa constantemente la culpa ante los ojos de la conciencia moral. El sentimiento de culpa en general, y más particularmente el remordimiento, se considera como una señal frente al peligro. Tienen en el plano psíquico la misma función que la fatiga o el dolor tienen en el plano físico.

c) El arrepentimiento, igual que el remordimiento, presupone conciencia de culpa y, por tanto, cierto tipo de juicio dirigido más al sujeto de la acción que a la acción en sí misma. La postura más profunda del arrepentimiento no es la que se expresa en la fórmula «¡ay de mí! ¿Qué

he hecho?»), sino en la formulación más radical «¡ay de mí, qué persona soy!» Expresa una profunda decepción personal, un ataque a la autoestima.

Estos mecanismos, si todo funciona adecuadamente, (si no hay patologías), tendrían que motivar el deseo de renovación, la voluntad de cambio. Arrepentimiento, en el sentido más positivo, significa hacer una parada sobre una parte del pasado de la vida a fin de imponer y provocar un nuevo sentido y un nuevo sistema de valores. Evidentemente esto se hace muy difícil a los “soberbios”, ya que estos mecanismos funcionan en la medida en que el individuo avanza por caminos y actitudes de humildad.

Son mecanismos que pueden orientar la vida hacia el descubrimiento de los demás como valor absoluto (superando la idea del propio yo como absoluto), y pueden orientar una vida hacia el descubrimiento eficaz de Dios. Pero también es verdad que en personalidades muy maltruchas, pueden llevar hacia la propia destrucción. Los psicólogos podrían decir mucho sobre eso.

El acompañamiento personal, ya sea del terapeuta o del padre/madre espiritual, tendrá a menudo como punto de partida situaciones en las que esos mecanismos se manifiestan de una forma u otra en la persona acompañada. El acierto del que acompaña será el del pedagogo que es capaz de ayudar a orientar positivamente estas señales de aviso o de alarma.

1.7. Pecado y salvación

Observemos que así como la mirada lúcida del Dios-Trinidad sobre la humanidad

afectada por el “pecado” lleva a la Encarnación y, por tanto, a Dios apropiándose de la realidad humana desde abajo (y por eso Jesús se manifiesta por primera vez en público poniéndose en la cola de los pecadores para ser bautizado, Lc 3,21) la mirada lúcida sobre una realidad del mundo destrozada por el pecado nos debiera llevar a una implicación incondicional con todos aquellos amados de Dios que son las principales víctimas del pecado, y probablemente las víctimas más inocentes.

¿Quiénes son los “santos”? Son las personas, confesionales o no, de uno u otro credo, que, conscientes de su propia limitación (podríamos decir, del propio pecado) y conscientes de las consecuencias del pecado (llámeselas como se quiera) han optado por considerar como propia la realidad destrozada de tantas personas, de tantos pueblos, de tantos colectivos humanos, decidiendo, desde su libertad, desde la gratuidad, entregar a favor de ellos su propia vida. A esto lo llamamos vivir del amor. A esto lo llamamos salvación, y también «el Reino de Dios que ya está entre nosotros»¹³.

Hablando ahora del cristiano que con buena voluntad quiere avanzar en el oscuro camino de la fe, hemos de decir que el conocimiento de la propia responsabilidad (y/o corresponsabilidad) en el pecado del mundo y en el sentimiento de culpa que ello comporta, nunca le han de llevar a ningún sentimiento de fracaso, sino a levantar los ojos y mirar hacia adelante en un movimiento “encarnatorio” que tendrá que ir situándole cada vez más, con Jesús, en la cola de los pecadores que aguardan el bautismo. Porque, ¿qué significa “salvación del pecado”? Significa asumir sus consecuencias para renovar la

situación desde dentro y desde el fondo. Sólo se sabe salvado el que se hace receptivo al Amor de Dios y es capaz de dejarse llevar por este amor, hasta entregar la vida por los pecadores, con la conciencia de ser él mismo el primero de ellos.

1.8. Ex-cursus

En el ritual del sacramento de la reconciliación de la Iglesia católica, en el mismo comienzo, después de invocar *En el nombre del Padre...*, el sacerdote dice como saludo: «Que Dios te ilumine y te conceda el don de reconocer tu pecado y su misericordia». Es un buen resumen que expresa bien tres cosas:

– Se requiere el don de la iluminación interior,

– para reconocer que uno es pecador,

– y para reconocerse objeto del amor misericordioso de Dios.

Efectivamente, pecado y misericordia son dos aspectos de una misma realidad, que de ninguna manera se pueden separar, ni se entienden el uno sin el otro. Reconocer que somos pecadores nos hace descubrir el amor de Dios; o mejor, porque Dios nos hace sentir su amor podemos descubrir que somos pecadores. Si esto es sí, como lo es, hemos llegado a descubrir el secreto y la razón de ser de la vida en esperanza.

Bibliografía

ZUANAZZI, F. G., «Patología espiritual», *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*. pág. 1085s

BERNASCONI, O., «Pecador/Pecado», *Ibid.* pág.1104s

GOFFI, T., «Pecado y penitencia». *Ibid.* pág. 1121s

MONGILLO, D., «Pecado», *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*, pág. 774s

DÍAZ NAVA, Adolfo F., «Pecado (Nuevas matizaciones)». *Ibid.* pág. 783s

2. DIRECCIÓN ESPIRITUAL VERSUS ACOMPAÑAMIENTO (1)

Ha sido una constante de la historia de la comunidad cristiana el hecho del diálogo y la dirección espiritual como factores decisivos en el crecimiento humano y espiritual. Esta *dirección espiritual* se ha realizado en formas diversas según los distintos maestros y escuelas. Algunos maestros pueden ser más conocidos que otros que no han dejado su nombre impreso ni en los libros ni en las crónicas de la época, aunque han marcado la historia de la Iglesia.

2.1. El padre/madre espiritual en la tradición cristiana

Ciertamente, también en otras tradiciones religiosas ha habido maestros espirituales, sin que los cristianos podamos pretender tener en esto la exclusiva; pero es indudable que en nuestra comunidad creyente la dirección espiritual ha sido algo decisivo para el desarrollo de la vida cristiana en el Espíritu.

Presento ahora un resumen de lo que ha sido la guía espiritual en la tradición cristiana a partir de algunos ejemplos de personajes más significativos.

2.1.1. Oriente

Servicio de laicos para laicos; un arte del maestro experto en los caminos del Es-

píritu. Contexto de desierto entre eremitas y anacoretas de las primitivas comunidades ascéticas. Pablo el ermitaño, Antonio Abad.¹⁴

Cualidades del maestro: caridad, discernimiento, discreción, paciencia, mansedumbre, austeridad y don de palabra (diálogo).

La relación entre maestro y discípulo afecta a temas relacionados con la vida de penitencia, discernimiento de espíritus, combate espiritual y aspiración a la paz interior hasta la unión con Dios.

2.1.2. Occidente

La tradición de Oriente inspira a muchos cristianos de Occidente que buscan caminos adecuados para la vida religiosa en el

contexto occidental (Ambrosio de Milán¹⁵, Agustín de Hipona, Paulino de Nola¹⁶). Sobre todo, San Benito y San Bernardo de Claraval (familia benedictina, y luego cisterciense). El *abbas* (Abbas=Padre) es padre espiritual (PE) de los monjes a los que guía en la búsqueda de Dios.

La escuela franciscana (Francisco de Asís, Buenaventura): el PE toma la forma de hermano, aunque sea tratado por los hijos como padre.

A partir de la Reforma aparecen muchos nuevos tipos de vida religiosa y de acción apostólica que recogen la experiencia del PE y la transforman para el servicio de muchos cristianos (no necesariamente monjes o religiosos).

Ignacio de Loyola¹⁷, Pedro Fabro¹⁸ y la escuela de los jesuitas (no sólo al servicio de los propios jesuitas, sino de muchos cristianos de diversas espiritualidades, sacerdotes, religiosos y laicos); la familia carmelitana con Teresa de Jesús¹⁹ y Juan de la Cruz²⁰ (se mezclan las figuras del Padre Espiritual y del confesor).

En el siglo XVII surgen muchos maestros de la vida espiritual: Francisco de Sales,²¹ Vicente de Paúl,²² Alonso Rodríguez,²³ etc.

En el siglo XVIII, J. B. de la Salle y otros, al fundar institutos religiosos para la educación de los jóvenes, contemplan no sólo el acompañamiento de los propios religiosos, sino también de las personas a las que han de educar: Alfonso M. de Ligerio, etc.

En el siglo XIX, J. M^a Vianney o Juan Bosco (pedagogo de los jóvenes).

En el siglo XX muchos maestros espirituales: Columba Marmion,²⁴ L. Grandmaison y un largo etcétera.

2.1.3. *En nuestra época (mundo occidental)*

Años atrás hubo una institucionalización del PE en seminarios y casas de formación religiosa: los confesores de conventos y monasterios, o de los colegios religiosos. Un ministerio normalmente confiado a sacerdotes (a menudo religiosos), concebido como mediación entre el Espíritu Santo (el único “director espiritual”) y el interesado que consulta al experto. Tal vez la institucionalización de este servicio en la Iglesia es lo que derivó hacia la “dirección” espiritual, proyectando este servicio más allá del diálogo y del consejo hacia una cierta relación de obediencia y de subordinación. A veces esta “dirección” se ejercía en la asociaciones de fieles (Acción Católica, Congregaciones Marianas...) en las que el “Padre director” en la práctica jugaba el papel de “director espiritual” de los asociados. Por tanto, con un poder de influencia muy claro, de tipo paternalista, que podía neutralizar, en parte, la capacidad de decisión adulta de las personas, o, al contrario, generar rechazo. Este peligro de “potestad direccional” del sacerdote ha devaluado el sentido más original del servicio del PE, provocando reacciones de autosuficiencia ante cualquier tipo de condicionamientos, tanto entre sacerdotes, como entre religiosos y laicos, cosa que neutralizaba el posible servicio del PE.

2.2. **Recuperar el padre/madre espiritual**

No apagar el Espíritu que es quien realmente dirige al creyente (1Te 5,19)²⁵. Necesidad de verificar la autenticidad de la guía interior, comprobándolo todo a partir de los frutos del Espíritu, hasta con-

vertirse en hombre interior, imagen de Cristo (Cf. Ga 5,22, Los nueve dones del Espíritu)²⁶.

Parece que hay que recuperar el PE que se caracterice por el respeto y la honda discreción, como ayuda y estímulo, colaborador que apoye al creyente para que no impida la acción del Espíritu, para que acoja la Palabra y se abra a los signos de los tiempos; para que crezca y madure en la fe; para que adquiera la sabiduría del corazón (Cf. Is 11,1ss, Siete dones mesiánicos del Espíritu)²⁷.

El acompañamiento espiritual tiene mucho que ver con lo que Pablo decía sobre engendrar en la fe: personalizar la Palabra de Dios, superar lo que impide una respuesta generosa (1Te 2,7.11.12)²⁸. Se trata de una tarea, carisma y servicio pedagógico de la fe desde una gran capacidad de acogida de hermano a hermano creyente, como “servidor” y ministro de la Iglesia destinado a ayudar al cristiano a descubrir (abrir) los oídos del corazón para que sienta el amor del Padre y mantener vivo el contacto con el Espíritu para dejarnos mover por Él, confirmar el seguimiento de Cristo, animar y dar apoyo en los momentos difíciles y de perplejidad, promover una fe más personal y más madura (responsabilidad cristiana).

2.3. La crisis de paternidad

2.3.1. En el ámbito de la relación personal

Las generaciones más recientes han vivido un sentimiento de cierto rechazo de toda autoridad, percibida como interferencia con los propios derechos o la libertad personal. Los “padres” también han tira-

do la toalla ante los hijos. Tal vez se ha dado una cierta claudicación en la función paterna y se ha generado una cierta idolatría de la propia autonomía personal. «Soy yo quien decide en lo que se refiere a mi propia vida, a mi futuro, a mis opciones. Nadie más tiene que decidir en esto». A lo más, podrán entablarse relaciones de “consejo” no vinculante, cosa que no sería poco.

2.3.2. En el ámbito institucional

En el contexto eclesial se da un descrédito notable de toda posible función paterna atribuida a la “jerarquía”, percibida como paternidad impuesta y poco dialogada. Vamos hacia un “borreguismo” mediático colectivo (papolatría), hacia un rechazo de la función “paternal” en el seno de la comunidad creyente, al menos en lo que atañe a lo “oficial”.

Sólo se reconoce una posible paternidad de miembros de la jerarquía como “excepción”. De entrada, la “doctrina oficial” no merece acogida. Hay un cierto sentimiento y prejuicio de que «no tienen nada que decirme». Sí se acepta la paternidad creyente cuando no se pretende imponer, sino que se convierte en ofrecimiento libre (caso de Taizé), desde la verificación de la autenticidad creyente del PE. Es preciso recuperar el sentido de autoridad en la Iglesia, como servicio no impositivo, desde una profunda actitud de escucha y de acogida entre hermanos. Se requiere un cambio de lenguaje y de simbología en la expresión de la autoridad “apostólica”, que permita el auténtico diálogo entre creyentes y seguidores de Cristo, sea cual sea su función de servicio (aun ministerial) de cara a la comunidad.

2.4. Padre/madre espiritual, sacramento de la paternidad de Dios

Probablemente, en todo rechazo se expresa precisamente la necesidad de aquello que se rechaza, pero “convertido”. Esta conversión ha de ser mutua: de quien se sienta llamado a ser PE y de quien busca el acompañamiento de la Iglesia. Esto comporta volver a los orígenes del servicio de PE en oriente y occidente, recuperando las actitudes que hemos señalado más arriba. Según A. Mercatali el PE: «Ha de ser la persona que ofrece y despierta confianza, que ha comprendido el valor de la participación, que ve la necesidad de concretar y puntualizar lo que es esencial en los problemas, que estimula la realización de los planes de Dios sin ignorar el proyecto individual y social de la persona, que indica el camino que, a través de Cristo, lleva hacia el Padre. Es, y quiere ser, la imagen de este Padre, de quien viene toda paternidad en este mundo.»

Poder llegar a ser este sacramento (expresión eficaz y visible) de la paternidad de Dios comporta, entre otras, estos aspectos y actitudes:

- Ser una persona esencialmente dinámica, llevada por la fuerza del Espíritu, siempre con deseo eficaz de renovación y de actualización.
- Ser capaz de asumir la responsabilidad educativa y, por tanto, mantenerse permanentemente en formación espiritual y teológica, y también humana en general. No puede estar alejado del mundo real (social y político) en el que todos intentamos encontrar a Dios y hacer su voluntad, ya que es ahí donde *se cuece* el Reino.

– Tener madurez interior humano-espiritual. Por tanto, ser profundamente humano y capaz de ser afectado por todo lo que es humano. Capaz de acoger el don de Dios y de decidir con libertad.

– Disposición muy respetuosa para con la acción de Dios, andando siempre como de puntillas en lo que atañe a la acción de Espíritu. No dar nada por sabido o por supuesto, ni condicionar nada: no prevenir precipitadamente las acciones del Espíritu.

– Ha de tener claro que el protagonista del camino cristiano es Dios mismo que se quiere comunicar y quiere dejarse encontrar por el que lo busca. Lo único que tendrá que hacer es descubrir lo que pudiera ser impedimento e iluminar el camino interior.

– El PE ha de ser consciente de que su ministerio es una misión de la Iglesia, que ha de ir orientada hacia la comunión eclesial, y esto ha de ser bien entendido por la persona acompañada.

Para poder ser este sacramento de la paternidad de Dios se requiere evitar toda posible desfiguración de su rostro, y para ello hay que andar muy atentos examinando en todo momento la actuación de la propia relación como PE con la persona acompañada, de manera que:

– No se caiga en cualquier forma de autoritarismo, especialmente en el caso de fragilidad psicológica que puede darse en ciertas personas, imponiendo el propio pensamiento o las propias normas y maneras de hacer.

– Guardarse de la actitud paternalista que se inclina más a proteger que a

orientar y aconsejar, pretendiendo evitar a la persona acompañada, tal vez inconscientemente, el riesgo de afrontar la vida cristiana en la oscuridad de la fe.

– No pretender imponer la propia espiritualidad como quien transfiere valores espirituales, con el peligro de caer en nominalismos o mimetismos.

– Evitar la relación de maestro con alumno dócil que se abandona pasivamente en manos del maestro, neutralizando la iniciativa de la persona acompañada y neutralizando la acción del Espíritu.

– No entregarse nunca a una dirección preceptiva en la que se determine cla-

ramente lo que hay que hacer, cosa que induciría a la pasividad y a no pensar por uno mismo.

– Estar alerta sobre la manera como se va urdiendo la relación, para evitar lazos afectivos neutralizadores de la relación paternal en el Espíritu. La relación del PE con el acompañado no ha de colmar, en uno u otro sentido, las posibles necesidades afectivas que cada uno puede arrastrar consigo desde su historia personal. Lo cual no implica que la relación haya de moverse por caminos de rigidez o distancia afectiva. El afecto ha de hacerse presente para que la relación sea humana y evangelizadora.

3. DIRECCIÓN ESPIRITUAL VERSUS ACOMPAÑAMIENTO (2)

Ya lo hemos propuesto como una clave para comprender el sentido del acompañamiento cristiano en el camino del seguimiento del Señor y del crecimiento en la fe. Decíamos que el que acompaña tendría que ser como un sacramento de la presencia lúcida, amorosa y misericordiosa del Padre; en este sentido postulábamos la conveniencia de recuperar la figura del “padre espiritual”, presentando un breve resumen histórico de esta figura a lo largo de la historia de la Iglesia. Observábamos entonces que había habido un cambio en la concepción de este ministerio eclesial desde el “acompañamiento” hacia la “dirección”, cosa que implicaba la evidente necesidad de rechazar cualquier forma de directivismo en la relación espiritual.

3.1. El horizonte del acompañamiento espiritual

Es evidente que las relaciones entre personas siempre andan mediatizadas por las actitudes que adoptan unas frente a las otras (costumbres, culturas, tradiciones familiares, acontecimientos históricos): actitudes paternalistas, de dominio, de sumisión, etc.²⁹ El directivismo que rechazamos tiene mucha relación con estas actitudes. Quisiéramos hallar formas o maneras de acompañamiento positivo y constructivo en orden al crecimiento integral de la persona que tenga como punto

de partida su situación real, y como horizonte último el Reino de Dios.

Por esto me ha parecido conveniente hacer una lectura rápida de las páginas del NT intentando descubrir pautas u orientaciones que ayuden a ver cuáles son las actitudes básicas del discernimiento cristiano, a fin de que la relación de acompañamiento sea aquella expresión sacramental de la relación entre el “padre espiritual” (el que engendra en la fe)³⁰ y el hijo, como decíamos más arriba. Inmediatamente me vienen a la mente las palabras que la comunidad de Mateo pone en

boca de Jesús hablando con los fariseos y maestros de la Ley:

«No os hagáis llamar “maestro”, porque sólo tenéis un maestro, y todos sois hermanos; ni déis a nadie el título de “padre” aquí en la tierra, porque no tenéis más que un solo Padre, que está en los cielos; ni os hagáis llamar “guías”, porque sólo tenéis un guía que es Cristo. El más importante entre vosotros que sea vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, pero el que se humille será enaltecido.» (Mt 23,8-10).

Estas palabras no han de darse nunca por supuestas, y tendrían que ayudarnos en todo momento cuando se trata de evaluar y examinar cualquier servicio eclesial, especialmente cuando se trata del ministerio del acompañamiento o enseñanza entre cristianos. Vayamos, pues, a una ojeada rápida por las páginas del NT.

3.2. Actitudes básicas del acompañamiento cristiano

En el NT no hallaremos ningún tipo de tratado sobre el acompañamiento espiritual, aunque sí hallaremos algunas pinceladas significativas impresas como de paso, que nos permitirán ver cuáles podrían ser las actitudes básicas del discernimiento cristiano. Nosotros, con la larga historia de la Iglesia, postulamos la conveniencia de algunos procesos de búsqueda en el camino del que quiera seguir a Jesús. Nuestra lectura habrá de servir de orientación tanto para el que acompaña como para el que es acompañado.

Pablo escribe a los cristianos de Roma (a los que piensa visitar pronto) que si

quieren conocer eficazmente la voluntad de Dios (conocer y responder), les es necesario renovar la mentalidad y su manera de estar en el mundo.

«No os amoldéis al tiempo presente; deaos transformar y cambiad vuestro interior, para que podáis reconocer la voluntad de Dios, lo que es bueno y le es grato y perfecto.» (Rm 12,2)

Estando en prisión, Pablo escribe a los de Filipos la carta más transida de gozo. Sin rastro alguno de amargura o de rencor, les habla de la necesidad del amor para poder ver y conocer con clarividencia lo que les es más conveniente para llegar a vivir en plenitud con Cristo. Hay que dejarse llenar por el amor que viene de Dios.

«Pido en mi oración que vuestro amor se llene más y más hasta desbordarse en el conocimiento y la clarividencia para que podáis discernir lo que más os conviene. Así llegaréis puros y sin tropiezos al día en el que Cristo ha de venir.» (Fl 1,9-10)

El autor de los Hebreos se queja de que sus lectores/oyentes parecen andar hacia atrás en el camino de la fe: denuncia un proceso de infantilización. Pablo quisiera sacudirles para que se hicieran adultos en la fe, cosa que comporta y se expresa en la lucidez a la hora de decidir.

«Los que sólo se alimentan de leche son incapaces de conocer lo que es justo, ya que son sólo niños. El alimento sólido, en cambio, es propio del hombre adulto que, a causa de la experiencia, tiene los sentidos acostumbrados a discernir entre el bien y el mal.» (Hb 5,13-14)

Ya en el primer escrito cristiano que conservamos, la primera carta de Pablo, se subraya la necesidad de no extinguir (como si se hablara de fuego) el Espíritu, (que se manifiesta en el carisma profético presente en la comunidad de los creyentes) a fin de poder discernir, a lo largo del camino del seguimiento de Cristo, aquello que es bueno.

«No apaguéis el Espíritu, no despreciéis los dones de profecía. Probadlo todo, y quedaos con lo bueno.» (1Te 5,19-21)

Ojo con el peligro de ingenuidad: el cristiano no se puede fiar de cualquier viento que sopla; ha de tener criterios para descubrir los falsos profetas. Esto es cosa que viene de lejos en la tradición bíblica. Ignacio, en la segunda semana de los Ejercicios pone especial atención en los movimientos del “mal espíritu” “*sub angelo lucis*” y al peligro de los autoengaños también en la vida apostólica. Juan XXIII, en el discurso inaugural del Concilio Vaticano II (1962) nos advertía sobre los “profetas de calamidades”,³¹ que pretenden neutralizar la fuerza del Espíritu, etc. Sabemos cómo se manifiesta el Espíritu por sus efectos: sus dones (Cf. Ga 5,22; Is 11,1ss).

«Queridos míos, no os fiéis de cualquier espíritu, antes comprobad si los espíritus proceden de Dios; pues muchos falsos profetas han venido al mundo.» (1Jn 4,1)

El capítulo 12 de Lucas tiene como hilo conductor lo que podríamos describir como la “lucidez” que se requiere en la vida del cristiano. Jesús se dirige en general a la gente que le escucha:

«Guardaos de la levadura de los fariseos; lo que habéis dicho en secreto lo sacarán a plena luz. A vosotros, amigos, os diré a quién tenéis que temer: cuando os lleven a las sinagogas,... el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tendréis que decir. Estad alerta, guardaos de toda ambición de riqueza...; la vida del hombre no proviene de sus bienes; vosotros buscad su Reino, y lo demás os lo dará por añadidura. Procuraos bolsa de las que no se corrompen... porque donde este vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón. Estad a punto, y con el cuerpo ceñido y las luces encendidas..., porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora en que menos penséis. Dios pedirá mucho a aquellos a quienes ha dado mucho; reclamará más de aquellos en los que ha confiado más... He de ser bautizado, y ¡cómo deseo que esto se cumpla!» (Lc 12,1-50)

Finalmente, la comunidad de Lucas, después de presentar a Jesús mismo como criterio de discernimiento, (necesidad de optar por él o contra él) hace referencia a lo que desde hace algunos años expresamos como la necesidad de estar muy atentos a los signos de los tiempos.

«Y decía también a la gente: Cuando véis que sube una nube hacia poniente, enseguida decís: “Viene lluvia”. Y llega la lluvia. Y cuando sopla viento de mediodía decís; “hará calor”, y lo hace. Hipócritas, sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿y no sabéis comprender los tiempos en que vivimos? ¿Por qué no discernís vosotros mismos lo que conviene hacer?» (Lc 12,54-57)

Mateo, en el capítulo 16, tiene párrafos semejantes que se refieren también a la lucidez que se requiere. En este caso, sin embargo, se dirige a los fariseos y saduceos que llegan a él para ponerle a prueba: les dice que han de ser lúcidos para interpretar los signos de los tiempos.

«Jesús les respondió: Cuando llega el ocaso decís: ‘Cielo rojizo, buen tiempo’. Y al amanecer: ‘Cielo rojo y oscuro, mal tiempo hoy’. ¿Vosotros sabéis, pues, interpretar el aspecto del cielo, y no sois capaces de interpretar los signos de los tiempos?» (Mt 16,2-3).

Estas actitudes que hallamos de manera dispersa en el NT son las que nos indican cómo hemos de acertar en la manera de acompañar y de dejarse acompañar en el camino de la búsqueda y del encuentro del Señor. Es el camino de la sabiduría, el don que pedía el joven Salomón (tradición deuteronomica) cuando iba a comenzar su liderazgo en el pueblo de Israel (Sb 9,1ss):

«Envíame la Sabiduría desde las alturas sagradas de los cielos... a fin de que me sea ayuda y yo pueda conocer lo que te place.»

En este sentido podríamos decir que la primera actitud que se requiere es la del deseo de recibir como don la Sabiduría del corazón:

«Enseñanos a contar nuestros días, para que alcancemos la sabiduría del corazón.» (Sl 90,12)

3.3. El acompañamiento, camino pascual

Es evidente que el texto paradigmático de todo acompañamiento personal se ha-

lla en el evangelio de Lucas, concretamente en el capítulo 24, que nos presenta aquel par de discípulos o seguidores de Jesús que salen de Jerusalén hacia Emaús. Pero ahora quisiera detenerme en el evangelio de Juan para observar cuáles son los motivos que bloquean la experiencia de encuentro con el resucitado. ¿Por qué? Pues, porque el que quiera adentrarse en el camino del crecimiento en la fe y busca en la Iglesia un acompañamiento personal a menudo se halla afectado por situaciones de bloqueo (tal vez inconsciente) que le impiden el encuentro consigo mismo y con el Señor resucitado. La pedagogía del padre/madre espiritual tendrá que ayudar al acompañado para que él mismo se dé cuenta de ello y quiera atravesar las mallas y cercas de su situación concreta.

3.3.1. La desesperanza

En el caso de Emaús es evidente que lo que cierra sus ojos y sus corazones es la desesperanza: han perdido la esperanza, y esto les mueve a huir hacia delante. Y entonces, en este camino falso, es donde precisamente el mismo Señor viene a su encuentro, sin que ellos lo reconozcan.

«Sus ojos eran incapaces de reconocerle... Esperábamos que él sería el Liberador de Israel, pero he aquí que estamos ya en el tercer día desde que pasó todo esto...» (Lc 24,16-21).

Pasemos a los relatos de la presencia del Señor resucitado en el cuarto evangelio. ¿Qué aspectos hallamos que bloquean el posible encuentro con el Crucificado-Resucitado?

3.3.2. *El miedo*

El miedo de los discípulos que les lleva a cerrarse y meterse como en un aparente refugio. El hecho de compartir el miedo y de apenarse por lo que les ha pasado parece que les da una sensación de mayor seguridad (falsa). Pero el Señor, porque ha resucitado, puede entrar dentro de su miedo y abrirles puertas y ventanas. Es lo que Juan XXIII profetizó para la Iglesia que había que abrir puertas y ventanas para sacudir el miedo al mundo en medio del mundo.

«Al anochecer de aquel día, que era domingo, los discípulos, por miedo a los judíos, tenían cerradas las puertas. Jesús se presentó, se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros.» (Jn 20,19).

3.3.3. *La incredulidad*

Es el caso de Tomás: el pragmatismo, la búsqueda de resultados certificables, el pretender que todo se adapte a los propios esquemas mentales; es cerrar la entrada al misterio en la propia vida; querer situarse por encima de todo y de todos dejando de lado la comunidad. Pero sólo el Señor, porque es el Resucitado, se puede presentar con las mismas llagas del Crucificado y convertir el corazón incrédulo en adhesión personal.

«Ellos le dijeron: hemos visto al Señor. Pero él les contestó: Si no veo en sus manos la marca de los clavos y no meto el dedo en la herida de los clavos y meto la mano en su costado, no lo creeré... Señor mío y Dios mío.» (Jn 20,25.28)

3.3.4. *El dolor excesivo*

Es el caso de María Magdalena. Los males nunca llegan solos: ayer asesinaron a su maestro y amigo, y hoy roban su cadáver. ¡Lo que faltaba! El hortelano debe saber alguna cosa: «si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto». Sólo el Señor resucitado podrá romper esta espiral de fatalismo y transformar el dolor en lugar de encuentro personal.

«María se queda fuera llorando, cerca del sepulcro. Y estando ella llorando, se inclinó para mirar hacia dentro del sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús, uno en la cabecera y el otro a los pies. Ellos le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? Ella responde: Se han llevado a mi Señor, y no sé donde lo han puesto.» (Jn 20,11-13)

3.3.5. *La culpabilidad*

En el caso de Pedro no era un complejo: era la dura realidad. Había negado a Jesús en el peor momento en que podía hacerlo (Jn 18,25-27). Él no podía salir de esto por sí mismo. Era como una losa que tendría que llevar encima. Pero el Señor, porque había resucitado, le acogió y le permitió explicarse: le perdonó, y él se sintió perdonado y más amado que nunca.

«Después de comer, Jesús pregunto a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? El respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo.» (Jn 21,15)

3.3.6. *El fracaso apostólico*

Siempre llega. Un día u otro. También Jesús fracasó... Hay muchas causas, no

siempre las de la edad. El cristiano, porque sigue a Jesús, sabe que él también está subiendo a Jerusalén y va anunciando la cruz en su camino...³² Pero no siempre lo acaba de tragar, y cuando llega, siempre le sorprende. A veces la crisis se hace demasiado larga y se experimenta una terrible soledad y sensación de haber perdido el tiempo durante demasiados años. ¡Toda la noche sin haber pescado nada! Pero el Señor, porque ha resucitado, se hace presente y le devuelve en el sentido de todo.

«Salieron, pues y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Cuando despuntó del día, Jesús se presentó junto al lago, pero los discípulos no reconocían que fuera Él. Entonces Jesús les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo para comer? Le respondieron: No. Él les dijo: echad la red a la derecha de la barca y hallaréis pescado». (Jn 21,4-6).

La misión del padre/madre espiritual que acompaña al creyente siempre tendrá que tener como horizonte ayudarle a descubrir cuáles son sus bloqueos, a fin de que él pueda traspasar estas barreras para encontrarse consigo mismo y con el Señor en la propia realidad existencial.

3.4. Acompañar hacia la comunión eclesial

Leyendo algunos fragmentos del NT nos hemos dado cuenta de que acompañar es ayudar a dar el paso desde la búsqueda hasta el encuentro con el Señor. Desde el contexto pascual, hemos visto cómo acompañar quiere decir traspasar las barreras hacia el encuentro con el Resu-

citado. Ahora, también sobre el trasfondo pascual en el que vivimos y en el que vive la Iglesia, podemos entender que acompañar es ayudar a reencontrar (y volver a) la comunión eclesial.

Tengo la impresión de que leemos y meditamos poco las narraciones evangélicas de las “apariciones” de Jesús; y menos aún el Apocalipsis, que tiene como argumento la glorificación de Jesús con la comunidad martirial; o la carta a los Hebreos, y aun los Hechos de los Apóstoles. Permittedme que, en clave ignaciana, diga que tal vez no hemos entrado suficientemente y a fondo en la “cuarta semana”, y que tal vez, cuando hacemos los ejercicios, “perdemos” demasiadas horas en Principio y Fundamento, y dejamos de lado la “cuarta semana”.

Como sabéis, hablar de la resurrección de Jesús no tiene nada que ver con cualquier género de “final feliz”, y, en cambio, tiene mucho que ver con el conocimiento (interno), la profundización y transformación de la realidad en la que Él, y nosotros con Él, estamos viviendo. El mensaje central del evangelio (*kerigma*) fue el hecho de que el Padre glorificó al que fue crucificado, y que éste sigue presente y vivo entre nosotros en la historia con en el Espíritu.

Esta presencia del resucitado tiene su origen en la comunión de Dios-Trinidad y culmina en la comunión con Dios-Trinidad: la comunión de nosotros con el Hijo en el seno de la comunión dentro de Dios mismo. Por esto la presencia del Resucitado genera comunión, reúne para la comunión. La Iglesia es sacramento de ello.

Cuando la Iglesia acompaña a través del ministerio del padre/madre espiritual, ayuda y anima a caminar hacia la comu-

nión. Efectivamente, todos los impedimentos de los que hemos hablado, el miedo, la incredulidad, el dolor, la culpabilidad, el fracaso... tienden a bloquear la vida de crecimiento en la fe, en la medida en que paralizan al creyente o le hacen perder la libertad. Y en este sentido, tienden a romper la comunión, a frenar la vida de la comunidad, a neutralizar la vida del seguidor de Jesús. Por esto la acogida lúcida del padre/madre espiritual ha de ayudar a transformar esas situaciones aparentemente negativas, a fin de que el que es acompañado resucite a una vida nueva con Cristo glorificado, sin dejar de asumir la realidad y tomándola siempre como punto de partida. La resurrección lleva siempre a la comunión o, más bien, la resurrección es la misma comunión.

Así se explican los relatos evangélicos de la presencia del Resucitado: el encuentro del primer día de la semana en la Eucaristía de la comunidad; el anuncio a la comunidad que hace María; el descu-

brimiento del Señor por los de Emaús en la fracción del pan, la comunidad de los discípulos que con la madre de Jesús esperan la venida del Espíritu... Y también, en el Apocalipsis donde se canta la comunión total con Dios en la comunidad martirial, etc.

3.5. Resumiendo

El servicio del padre/madre espiritual se convierte en sacramento del amor del Padre que acoge al que es acompañado y le lleva a la comunión pascual-elesial. El que acompaña se convierte en expresión de la presencia pascual del Crucificado-Resucitado, quien se hace presente para transformar los impedimentos en lugares de encuentro con el Señor. La pedagogía del padre/madre espiritual está orientada a promover unas actitudes que permitan dejar que el Amor entre y lo transforme todo, iluminándolo, en la vida del acompañado.

4. EL ACOMPAÑAMIENTO DEL QUE ACOMPAÑA

Podemos preguntarnos: ¿por qué tal persona ofrece el servicio de acompañar a otros cristianos en el camino del seguimiento de Cristo? Pueden darse muchas razones accesorias, pero la más importante es que esa persona ha recibido un carisma y que la comunidad lo ha reconocido de alguna manera, y le ha encargado que lo acoja y lo ponga al servicio de la Iglesia. Efectivamente, el acompañamiento espiritual es un don recibido, y como todo don auténtico se convierte en tarea para el que lo recibe.³³ Puesto que es un don, hay que agradecerlo con humildad; y, siendo una oferta gratuita por parte del Espíritu, conviene cultivarlo.

4.1. Ministerio de acompañamiento: un carisma en la Iglesia

4.1.1. *Acoger el don recibido*

Difícilmente podría desarrollarse este servicio si antes la persona llamada a este ministerio no ha experimentado a lo largo de los años y en diversas circunstancias el beneficio de haber sido acompañada. Para poder ofrecer el servicio de acompañamiento se requieren experiencia y madurez humana y espiritual, que difícilmente se adquieren sin haber estado bajo la guía de un buen maestro. Todos somos conscientes de que, de una u otra manera más o menos formal, ha habido personas que nos han dado una mano a lo largo de

la vida: personas que han sido para nosotros maestros y que se han convertido en puntos de referencia en nuestro crecimiento humano y espiritual. Y esto no sólo en nuestra infancia, adolescencia y juventud, o en tiempos de “formación” explícita, sino también en la vida adulta. El hecho de haber experimentado el beneficio de un maestro espiritual prepara y dispone para el carisma que genera nuevos padres/madres espirituales, nuevos maestros en el espíritu.

Nada se improvisa en la vida, y, menos aún, la acogida de este carisma del que hablamos. Hay una historia de crecimiento como discípulo (¡en realidad siempre somos discípulos y estamos en

edad de aprender!) que es la infraestructura y el humus en el que se va generando la llamada a la dirección espiritual.

4.1.2. Cultivar el don recibido

Creación de infraestructura

Es verdad que sabemos de casos muy excepcionales de grandes maestros de espíritu que no habían tenido ninguna o poca formación académica; por ejemplo, el del buen hermano Alfonso Rodríguez, del que ya he hablado. O también, el del Cura de Ars. Y también es verdad que muchos otros sabios y doctores fueron inútiles en el campo de acompañamiento espiritual. Podemos recordar las quejas de Santa Teresa de Jesús y las invectivas de San Juan de la Cruz en este punto. Sin embargo, hemos de afirmar que se requiere una formación suficiente —a parte de la escuela de la vida— en humanidades, en teología, espiritualidad y psicología. Una formación que nunca podrá darse por terminada, sino que habrá que ir actualizando. Una formación que nos ayude y nos ilumine para que seamos más humanos y más divinos, que nos haga profundizar en el conocimiento de las personas, que nos haga crecer en el amor discernido, que nos haga desarrollar aquel sexto sentido del que hablábamos más arriba, para ser sensibles a la voz de Dios y a la acción del Espíritu. Una formación que nos haga estar atentos a los signos de los tiempos, a las corrientes de pensamiento, a la sensibilidad cultural, etc.

Todo ello demanda invertir en formación permanente, tiempo y dedicación, atención a todo lo que pasa a nuestro alrededor, experiencia y contacto directo con

la pobreza, el dolor, etc. El padre/madre espiritual se va haciendo y formando día a día. El que se para en tal formación, se convertirá gradualmente en impedimento a la acción del Espíritu en él mismo y en los otros a través él.

La escuela de los Ejercicios

Hablo de ella porque ha sido mi escuela. Soy consciente de que no es, ni mucho menos, la única. Gracias a Dios, la historia de la acción del Espíritu en la Iglesia ha sido muy rica y se ha manifestado en la diversidad de carismas recogidos en diversas escuelas de espiritualidad. En este sentido, hemos de decir que el mismo Ignacio de Loyola recibió mucho de su contacto con la escuela benedictina a través de los monjes de Montserrat.³⁴

Diversidad de espíritus

A lo largo del mes de ejercicios se va experimentando la diversidad de espíritus y se va aprendiendo a distinguir el origen de las mociones y movimientos internos; qué tácticas son del buen espíritu, y cuáles pueden ser del malo; el gozo de la consolación espiritual; el desconsuelo de la desolación; la paciencia en el camino de todo proceso; la iluminación interior..., en definitiva, cómo Dios habla realmente y cómo es posible oírle y dejar que haga en y con nosotros su voluntad, y, al mismo tiempo, cómo surgen de dentro de nosotros las resistencias y estorbos a su acción.

Los Ejercicios son un tiempo de desierto intenso: una escuela de vida sin cobijo, que nos recuerda la vivencia que habría hecho Jesús al comienzo de su vida pública: «Jesús, lleno del Espíritu

Santo, se volvió al Jordán; y el Espíritu le condujo al desierto durante cuarenta días y era tentado por el diablo» (Lc 4,1).

La escuela de los Ejercicios hace nacer y desarrollar aquel sexto sentido de discernimiento espiritual, que es elemento esencial e imprescindible para cualquier maestro de espíritu.

Ser discípulo

El que practica los ejercicios tiene al lado desde el primer momento una persona que los dirige y que le visitará, normalmente, una vez al día.³⁵ Con confianza le expondrá brevemente cuáles han sido sus consolaciones y desolaciones y, en general, los movimientos interiores [EE 6]; el acompañante le ayudará proponiéndole la manera cómo ha de meditar y contemplar [EE 6]; si ve que el ejercitante está desolado o tentado... le dará ánimos y fuerzas para seguir adelante, descubriéndole las astucias del enemigo de natura humana y haciendo que se disponga para la consolación venidera [EE 7]; según las necesidades del que los recibe, podrá proponerle las reglas de la primera y de la segunda semana para conocer los diversos espíritus [EE 8; cf. 313-327;328-336].

La máxima pretensión del acompañante es que, buscando la divina voluntad, el mismo Creador y Señor «se comunique con su ánima fiel, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por el camino en que mejor le podrá servir en adelante» [EE15].

La dirección del acompañante para con el “discípulo” tiene la función de catalizador que permite y posibilita, como una reacción química, el encuentro

directo del Señor con el que hace los Ejercicios. Ésta será la principal escuela del que se va preparando para desarrollar el posible carisma de acompañamiento. Lo cual no quiere decir que todos los que hacen Ejercicios tengan automáticamente el carisma de acompañantes; pero sí que los Ejercicios, y el hecho de haber sido acompañado en ellos en la iniciación al discernimiento espiritual, es como una base para el carisma del que hablamos.

Dar Ejercicios

Siempre hay una primera vez: la primera vez que uno se halló siendo “el que los daba”, con todos los miedos del mundo, y con toda la ilusión de un estreno. Todos sabemos cómo nos ayudó el trabajo en equipo al dar Ejercicios: el poder compartir y comentar con compañeros más experimentados en las incidencias de la experiencia³⁶: un largo aprendizaje hasta levantar el vuelo, viendo cada día con más clarividencia que el único maestro es el Espíritu y que la tarea del que da los Ejercicios es la de no poner palos en las ruedas y dejar obrar al Señor.

El maestrazgo del que da los Ejercicios viene a ser como una mayéutica del discernimiento espiritual que ayuda al que los practica a descubrir cómo actúa en él la acción de Dios y cómo se generan en él mismo resistencias. A la vez se proponen recursos y modos de proceder según los casos.

Por esto, el mismo hecho de dar Ejercicios se convierte en escuela para aprender a acompañar, ya que los Ejercicios vienen a ser como una especie de pista de pruebas de lo que es la vida real, supuesto que el acompañamiento del padre/ma-

dre espiritual se desarrolle en el ámbito de la vida normal de la gente. Más aún, el hecho de dar Ejercicios y, en general, el de acompañar a otros, se convierte en causa mutua de crecimiento personal. Al menos, así tendría que ser. La pregunta sería: ¿Cómo ha de crecer todo acompañante? Ignacio lo supone «A fin de que tanto el que da los Ejercicios espirituales como el que los recibe se ayuden y se aprovechen mejor» [EE 22]. En este contexto, nos habremos de plantear la evaluación en un doble sentido: como medio de mejorar “profesionalmente” como acompañantes y como medio para crecer personalmente por el mismo hecho de acompañar a otras personas.

4.1.3. *Evaluar*

Evaluación personal

El primer acompañamiento necesario para el que acompaña es del mismo Espíritu. ¿Qué quiero decir? Quiero decir que hay que ir “examinando” cómo se hace el servicio de acompañamiento en un contexto de oración. El que ha hecho los Ejercicios, si ha aprendido alguna cosa es a “examinarlo todo” para que no se le escape nada de lo que haya podido suceder; y sabe que, precisamente gracias a que lo examina todo, muchas veces se le escapan muchas cosas. ¡Gran aprendizaje! Esta misma escuela del examen es la que ha enseñado al acompañante a evaluar también su actuación en el servicio de acompañar a otros en el camino del discernimiento y del seguimiento de Cristo.³⁷

Podríamos formular algunos criterios/cuestionamientos sencillos y elementales que podrían orientar este examen personal:

¿Heorado por la persona a la que acompaño?

¿He sabido escucharla?

¿He hablado demasiado en la entrevista?

¿He actuado de manera que le haya impuesto mi “yo”, hablándole de mí, de mi experiencia, de lo que mí ya me ha pasado, etc.?

¿He actuado como consejero que ya tiene la solución?

¿Me he dejado afectar demasiado, y esto me tiene angustiado?

¿He actuado como “salvador”?

¿Me he dado realmente cuenta de su situación, acogiéndola como un misterio de profundo respeto?

¿He entrado en el juego de ser “colega”?

—¿Pienso que tal vez se requeriría algún tipo de acompañamiento más terapéutico? ¿He sido honesto y le he propuesto la ayuda de un profesional?

—¿Me doy cuenta de su proceso? ¿Va adelante? ¿Hemos llegado a una situación de estancamiento? ¿Habría que pensar en ir acabando el acompañamiento de esta persona?, etc.

Sería bueno tomar notas y formular brevemente el fruto de este examen sobre el acompañamiento.

Evaluación en equipo

Pienso que sería un *desiderátum*; aunque no lo he experimentado ni tengo conocimiento de ningún equipo de este tipo. Tal vez haya alguno. Sí que tengo experiencia de evaluar en equipo la guía de grupos o comunidades,³⁸ no de acompañamientos

personales. Aun así creo que sería conveniente que los que se dedican a este ministerio de acompañamiento personal pudiesen disponer de un equipo de evaluación suficientemente experimentado y estable. Expongo algunas razones.

Objetivar la realidad

La tarea de acompañar es tan personal y casi intransferible que tiene el peligro de cerrarse entre dos individualidades. El riesgo de subjetivismo es evidente. A veces, con todos los respetos y “comillas” que se quiera, y conociendo a determinadas personas que se dedican al acompañamiento, uno no puede dejar de pensar que deben de ser muy directivas, o muy paternalistas. O demasiado espiritualistas. O que se deben producir muchas dependencias afectivas... Y, con todo, no podemos hablar más que en suposiciones; y uno puede pensar, ¿y si esto mismo me está pasando a mí? ¿Y si otros lo observan y no se atreven a decírmelo?

Por esto pienso que, siendo así esta labor, habría que poner los recursos para poder objetivar la tarea que uno hace, salvando siempre, evidentemente, el secreto y la confidencialidad. Pensemos que nos estamos moviendo en el terreno de la conciencia y del secreto profesional.

Reposar el espíritu

Por mucho que uno intente no dejarse abatir por las transferencias de los otros, el acompañante pasa a ser a menudo como un amortiguador de los impactos de dolor, angustia, fracaso, oscuridades... de los acompañados. Y si éstos no son uno o dos, sino muchos..., o aunque se trate de una sola persona, los propios mecanis-

mos se resienten. Es verdad que podemos acudir a la oración, que es el lugar donde el acompañante ha de buscar reposo. Pero convendría poder compartir, no tanto los impactos, cuanto los efectos de éstos a fin de poder reposar el espíritu. El hecho mismo de comunicarlos se convierte en difusor de la energía que en los impactos se va acumulando. Pero no sólo eso: la comunicación del gozo de acompañar, de la manera como se va constatando el crecimiento y la acción del Espíritu en tantas personas, se convierte también una necesidad básica. De hecho se trata de poder clamar juntos los compañeros aquel grito pascual «¡Es el Señor!». Tendríamos que ver la manera de sabernos decir esto, buscando ocasiones para poderlo comunicar. Reposar el espíritu quiere decir recibir el consuelo del Señor..., que todos necesitamos, y particularmente los que acompañamos a otros.

Liberar afectos

Aunque no queramos, se dan transferencias, y, puesto que somos humanos, no se puede hacer nada contra ello, ya que las personas nos afectan y se siguen relaciones afectivas. La rara habilidad de hacer que todo se mantenga en su sitio no es fácil, ni se aprende en uno o dos días. Si no podemos compartir con otros estos aspectos tan importantes en toda relación humana, caeremos en el peligro de vernos atrapados por ellos.

Todo es cuestión de equilibrio y de proporción. Las relaciones de acompañamiento espiritual no son simétricas, pero pueden convertirse en simétricas, y entonces hay que tomar conciencia de ello y hay que procurar que otros puedan ayudar. Se requiere, pues, un entorno

amable y lúcido que permita la liberación de los afectos.

Iluminar procesos

A veces nos sucede que estamos obsesionados por algún tema, por lo que nos acontece con alguna persona, porque sentimos como un estancamiento, por lo que sea, sin que sepamos qué hemos de hacer. En estos casos la pregunta capciosa es: “¿Tú qué harías?” Pero en realidad esto sería entrar en un juego que no tiene salida.

En estas situaciones lo que se necesita es poder formular la cuestión y saber que uno será escuchado. Formular el problema es la primera base de toda posible solución. Pedir de entrada fórmulas hechas es no resolver el problema. Tal vez no haya soluciones objetivas; o tal vez sí, pero de lo que se trata es de disponer de referentes respetuosos que nos ayuden a formular e iluminar los procesos.

Evaluación con personas experimentadas

Es otro *desiderátum* del que tengo alguna experiencia. Por las razones que acabo de señalar, pienso que es algo necesario. Me imagino a alguien mayor que yo, con quien poder compartir con cierta periodicidad el fruto de los exámenes de los que he hablado. Evidentemente, respetando la confidencialidad y el secreto necesarios. Lo entendería como una relación análoga a la que se da entre el que propone los Ejercicios y el que los hace. Normalmente, en el encuentro diario a lo largo del mes, el tema de diálogo tiene como base el fruto de los diversos exámenes que Ignacio propone: el examen de la oración,

el particular, el del día, etc. ¿Y qué es lo que se comunica? Los movimientos del espíritu que uno ha observado (¡o padecido!) a lo largo del día.

Pienso que el servicio de acompañamiento es a la vez gratificante y penoso, cosa que hace que en el acompañante se produzcan muchos movimientos internos: podríamos llamarlos consolaciones y desolaciones, en el sentido ignaciano. Y, si es así, ¿no convendría poderlo comunicar con alguien entendido en la materia? Si esto sucede *mutatis mutandis* en el desempeño de otros trabajos u oficios en los que el profesional comparte, pide consejo, estudia los temas en equipo..., uno puede preguntarse, ¿por qué no lo hacemos nosotros? ¿Por qué esta especie de autosuficiencia en los temas de acompañamiento espiritual?

4.2. Buscar y hallar un padre/madre espiritual

4.2.1. Acompañamiento para todos

Dejando ya lo que andábamos tratando acerca de la necesidad de acompañamiento del que acompaña para que pueda cumplir bien su misión sin efectos secundarios, nos hemos de plantear también cómo ha de ser el acompañamiento espiritual de la propia persona para que pueda ayudar y potenciar su propio crecimiento en el seguimiento de Jesús. Yo diría que todo seguidor de Jesús necesita el acompañamiento de la Iglesia. Necesita un padre/madre espiritual. En otras palabras, el hecho de que su ocupación principal o secundaria sea el de acompañar a otros, no le exime de tener que buscar él mismo un padre/madre espiritual. Un médico necesita tener un médico.

Es verdad que la persona experimentada no necesita el mismo tipo de acompañamiento que el que se está iniciando o está en formación. Pero sí necesita encontrar un determinado ritmo. Algunos lo “resuelven” en pequeños grupos de revisión de vida, cosa que es, ciertamente, una buena ayuda. Pero tal vez se requiera una mayor personalización. Pienso que una cosa no excluye la otra. La experiencia nos dice que en determinados procesos hay que tomar determinaciones importantes, o que en determinados períodos de la vida (crisis) hay que buscar la persona que nos acompañe y nos conduzca. Estos acompañamientos ocasionales son muy importantes, y a todos nos han ayudado. Pero yendo más allá, me atrevo a postular un ritmo más habitual. Corremos el peligro de engañarnos a nosotros mismos, de estancarnos, de apropiarnos de la misión que se nos ha confiado, de ir cada uno a la suya, de huir hacia adelante, de caer en el activismo y confundirlo con la cruz que hemos de cargar... El antídoto de todo eso parece que va por la senda del examen y de la evaluación con un acompañante. Esto vale para todo el mundo. O, al menos, eso es lo que a mí me parece.

4.2.2. Dificultades prácticas

En la práctica no es fácil buscar y hallar un buen padre/madre espiritual; y llega un momento en que las inercias de la vida simplemente nos arrastran. El camino del seguimiento de Jesús se va convirtiendo en una especie de *self-service* más o menos autosuficiente, que nos mete en una campana de vidrio impenetrable a toda aportación externa, con el peligro de creer que vamos adelante, mientras que,

engañados con esta falsa percepción, la realidad que se ve desde fuera tal vez sea otra. Porque, lo queramos o no, lo que nos pasa por dentro se manifiesta hacia afuera de una u otra forma. Podemos adornarlo de actividad, generosidad, interés por los demás, espiritualismo..., pero la realidad no es precisamente aquello que aparece o que queremos que aparezca.

Hallar la persona demanda voluntad de quererla encontrar y disposición por parte de los/las que han recibido el carisma para ponerlo con sencillez al servicio de la Iglesia.

4.3. A modo de anexo

4.3.1. Acompañamiento y sacramento de la reconciliación

No hemos hablado hasta ahora de este tema, pero conviene tocarlo brevemente. Se dice que el sacramento de la reconciliación está en crisis, pero la verdad es que la mayoría de los cristianos que quieren avanzar, desean celebrar al menos algunas veces en el año (además de las celebraciones comunitarias del perdón) el sacramento de la reconciliación de forma personal, a veces aprovechando unos Ejercicios anuales o retiros acomodados a los tiempos litúrgicos.

Estos encuentros, realizados sin prisas con algún sacerdote conocido, pueden servir a menudo de acompañamiento. Una especie de combinación entre sacramento y diálogo. O, si se quiere, un diálogo penitencial que se convierte en diálogo espiritual y de evaluación. Pienso que puede ser una buena práctica. Para muchas personas experimentadas, un cierto ritmo de este género puede ser suficiente (y nece-

sario) para seguir adelante en el seguimiento del Señor. Lo cual no implica que yo pretenda mezclar sacramento y acompañamiento, sino que sólo sugiero que en la práctica, para algunas personas, los dos aspectos pueden coincidir precisamente en la celebración del sacramento.

4.3.2. *Aprender de los profesionales de la psicología*

Quisiera terminar con un breve *excursus*. Los profesionales de la psicología tienen claro que se necesita evaluación (“supervisión” lo llaman ellos), para cumplir bien con su tarea. Suelen tener conciencia de lo que pasa en el psiquismo humano, y especialmente en las relaciones personales, de manera que, para evitar errores y para seguir aprendiendo en su profesión, siempre se plantean en una forma u otra las relaciones personales de supervisión. No soy yo quien he de explicarlo, pues no pertenezco a su gremio. «La supervisión contempla, en primer lugar, la persona supervisada y su desarrollo como persona, siendo el objeto prioritario de la su-

pervisión del terapeuta la de ayudar a ser mejores terapeutas»³⁹. De manera semejante, podríamos afirmar que la supervisión del que acompaña espiritualmente tendría que ser un medio requerido por la necesidad de convertirse en mejor padre/madre espiritual.

Como ya dije, habría que añadir que al padre/madre espiritual le conviene alguna supervisión, no sólo como medio para desarrollar su cualidad “profesional”, sino como medio para avanzar cada vez más en su propio crecimiento por el mismo hecho de ser acompañado. Esto me lleva a pensar que tal vez nosotros, los acompañantes, caemos en ingenuidad al pensar que nos las podremos arreglar suficientemente por nosotros mismos, cuando en realidad lo que hacemos es dialogar, escuchar y hablar con personas, estando ellas y nosotros condicionados en un montón de aspectos psicológicos que tal vez no conozcamos bien. Por eso creo, sinceramente, que en este aspecto, hemos de aprender de los profesionales de la psicología.

1. San Ignacio en su *Autobiografía* 10: «Estando una noche despierto... recibí consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que parecía habérsele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el agosto del 53, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios.»
Santa Teresa de Jesús, en su *Libro de la Vida* explica todo su largo proceso de conversión. En el capítulo 32, narra una visión en la que se siente transportada al infierno, que ella considera que es el lugar al que le habría correspondido ir si Dios no hubiese sido misericordioso con ella y no la hubiera iluminado sobre el sentido de su vida. «Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. (4) Fue una de las mayores mercedes que el Señor me hizo. (5) De ahí también gané la grandísima pena que me dan las muchas almas que se condenan...y los ímpetus grandes de aprovechar almas. (6)»
2. El mismo describe esta lucha interior en la carta a los Romanos 7,14-25.
3. En la segunda semana de los Ejercicios, Ignacio propone la «Meditación de dos banderas»: «El 3º; considerar el sermón que les hace, y cómo les amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tener cobdicia de riquezas, como suele *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas; el 2º, de honor; el 3º de soberbia, y destos tres escalones induce a todos los otros vicios.» [EE 142]
4. Sl 8,5-7: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Qué es un mortal para lo tengas en tu presencia? Le has hecho casi como a un Dios. Le has coronado de gloria y de dignidad. Lo has hecho rey de las cosas creadas, todo lo has puesto bajo sus pies.»
5. Gn 1,27. Se halla en la redacción sacerdotal y, por tanto, es del tiempo del exilio, a mediados del siglo VI aC.
6. Este sería el sentido del relato “Yahvista” del pecado de Adán, Gn 3,5: el engaño de hacer que Adán crea que “serán como dioses”. El Concilio Vaticano II [GS 13] dice: «Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio inicio de la historia abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios pero no le glorificaron como a Dios... El hombre, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males que no pueden tener su origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto en relación a lo que toca a su persona, como en las relaciones con los demás y con el resto de la creación.»
7. Cf. Rm 6,22;5,12-21; Ga 6,7-9.
8. San Ignacio en los Ejercicios [EE 102] presenta así la contemplación de la encarnación del Señor: «Contemplar cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres, y cómo, viendo que todos descendían al infierno se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar al género humano; y así venida la plenitud de los tiempos enviando al ángel San Gabriel a Nuestra Señora.»
9. El pregón pascual del Misal Romano, el conocido canto del diácono que comienza por *Exultet*, explica al punto la razón principal de esta alegría: «*Oh felix culpa, quae talem ac tantum nos meruit habere Redemptorem...* Oh culpa bienaventurada que mereciste que tuviéramos un tan grande y eximio Redentor.»
10. Desconozco otras tradiciones religiosas, en las que también los grandes místicos han marcado el tono más auténtico de su fe. Me imagino que esta experiencia de desproporción en la relación de amor debe de hallarse muy presente.
11. Canta San Juan de la Cruz: «En una noche oscura / con ansias en amores inflamada / ¡oh

dichosa ventura! / salí sin ser notada / estando ya mi casa sosegada... / ¡amada en el Amado transformada! / ¡Oh noche que guiaste! / ¡Oh noche amable más que la alborada! / ¡Oh noche que juntaste Amado con amada! / Amada en el Amado transformada.

12. Una de las claves de lectura del Evangelio de Lucas es el conocido *iter lucanum*: el camino hacia Jerusalén que comienza en la segunda parte del relato y explica el sentido de la misión de Jesús: subir a Jerusalén para entregar allí la vida. Lc, 9,51.53;13,22;17,11;18,31; 19,11.28.41.
13. Mt 12,28; cf. Lc 7, 22; Mt 11, 4-5.
14. Atanasio escribió la *Vita Antonii*. Nos dice que estuvo veinte años solo en el desierto, y que al final acogió a una multitud de personas que querían seguirle teniéndole como maestro espiritual. Atanasio nos ha transmitido buena parte de la aportación de Antonio al discernimiento espiritual y al combate interior.
15. (+397) Tuvo como maestros y guías personales en su etapa de estudio como obispo (ya que pasó de ser prefecto romano a ser obispo por aclamación) a Basilio, Cirilo de Alejandría, Gregorio Nacianceno, y, muy cerca a su presbítero Simpliciano, quien le sustituiría en la diócesis de Milán.
16. (+431) Gobernador romano, sintiéndose perseguido (su hermano había muerto asesinado) se acercó a Barcelona donde fue ordenado presbítero por aclamación popular y de forma totalmente inesperada para a él. Se relacionó con Ambrosio de Milán. Le acogieron los ascetas que había dirigido Jerónimo en Roma. Vivió como ermitaño en Nola 15 años, hasta que fue aclamado obispo de Nola.
17. «Ayudará que haya una persona fiel y suficiente que instruya y enseñe cómo se han de haber en lo interior y exterior, y mueva a ello, y lo acuerde, y amorosamente amoneste, a quien todos los que están en probación amen, y a quien recurran en sus tentaciones y se descubran confiadamente, esperando de él en el Señor nuestro consuelo y ayuda en todo... no queriendo guiarse por su cabeza...» (C 263)
18. «Aquel año vino Ignacio a alojarse en mi mismo colegio de Sta. Bárbara (París)... Habiendo pues dispuesto Dios que yo tuviera que enseñar a este santo hombre, conseguí entrar en su confianza al principio sobre cosas exteriores y después en las internas...Y luego él era para mí maestro de vida espiritual, dándome la posibilidad de ascender en el conocimiento de la voluntad divina y de la mía propia.» (M 8). Ignacio decía de este compañero que era el que mejor daba los Ejercicios. Fue un hombre de diálogo espiritual y de consejo.
19. «Porque yo no hallé maestro –digo confesor que me entendiese- aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás, y aun para del todo perderme.» (V 4,6) «Creció de esta suerte este miedo que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo –sin conocer a ninguno- era muy aficionada de solo saber el modo que llevaban de vida y oración.» (V 23,3)
20. En *Dichos de Luz y Amor* dice: «El alma sola sin maestro, que tiene virtud, es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo.» (7) «El que se quiere estar, sin arriño de maestro y guía, será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón.» (5)
21. Una vida apasionante y muy movida: «Ante todo se entregó a lo que consideraba su vocación nata: la dirección espiritual. El confesionario y la correspondencia devoraban su tiempo.» (J. Gros y Ragué)
22. «Muy pronto organizó un seminario para la formación de misioneros. Dedicóse intensamente a dar tandas de ejercicios espirituales, estimuló y orientó con su asombrosa sabiduría y experiencia a una gran multitud de sacerdotes.» (J. Gros y Ragué)
23. Hermano jesuita, que pasó muchos años en la portería del Colegio de Montesión en Palma de Mallorca. Maestro del diálogo espiritual. Fue maestro espiritual del joven jesuita Pedro Claver, a quien ayudó y acompañó en su proceso de discernimiento, que le llevó a Cartagena de Indias (Colombia), donde se convirtió en *esclavo de los esclavos* negros que allá llegaban desde África.
24. En la homilía de Juan Pablo II el día de su beatificación (03/09/2000, juntamente con

- Juan XXIII) dijo: «Antes de entrar en la orden benedictina, Columba Marmion se dedicó durante años al cuidado pastoral de las almas como sacerdote de su archidiócesis natal, Dublín. A lo largo de toda su vida el beato Columba fue un excepcional director espiritual, que prestó atención especial a la vida interior de los sacerdotes y los religiosos.»
25. «No apaguéis el Espíritu ni despreciéis los dones de profecía. Probadlo todo y quedaos con lo que sea bueno.»
 26. «Los frutos del espíritu son: amor, gozo, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad dulzura y dominio de uno mismo.»
 27. «El Espíritu del Señor reposará sobre Él: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor, ... juzgará a los humildes con justicia.»
 28. «Como apóstol de Cristo habría podido imponer el peso de mi autoridad. Pero, al contrario, nos comportamos en medio de vosotros con toda dulzura, como una madre que cría y alienta a sus hijos...Sabéis bien que, como un padre hace con sus hijos, os exhortábamos a cada uno de vosotros, os animábamos y os incitábamos a vivir de una manera digna de Dios, que os llama a su Reino y a su gloria.»
 29. Recomiendo la lectura de Thomas A. HARRIS, *Yo estoy bien, tú estás bien. Guía práctica de análisis reconciliatorio*. Barcelona, Grijalbo, 36ª edición, 1973. Propuestas prácticas de análisis transaccional.
 30. «Realmente, aunque tuvieseis diez mil guías en Cristo, no tenéis muchos padres, ya que soy yo el que, al anunciaros el evangelio, os engendré en Cristo.» (1Co 4,15)
 31. «En el ejercicio diario de nuestro ministerio apostólico nos puede ocurrir que percibamos voces de personas que arden en celo religioso, pero no dan suficiente margen al recto sentido de las cosas ni al juicio prudente. Creen ver sólo males y ruinas en la situación de la sociedad actual. Repiten constantemente que nuestra época va de mal en peor en comparación con el pasado. Se diría que no han aprendido nada de la historia que es maestra de la vida y que en tiempos de anteriores Concilios todo era perfecto en lo concerniente a la doctrina cristiana, a las costumbres y a la libertad de la Iglesia. Nos opinamos de modo muy diferente que estos profetas de calamidades, que presagian siempre la desgracia como si fuera inminente la ruina del mundo. Debemos ver, por el contrario, en los acontecimientos actuales que parecen traer un nuevo orden a la humanidad, un plan oculto de la divina providencia.»
 32. Mc 8,31; 9,31; 10,33: conviene notar que en ninguna de las tres ocasiones los discípulos no entendieron nada.
 33. En los últimos capítulos añadidos al libro de Isaías, en una oración escatológica, hablando del Dios de la paz se dice: «Señor danos la paz; el mismo fruto de nuestro trabajo es obra tuya.» (Is 26,12)
 34. Recomiendo la lectura de la obra del P. ALBAREDA del año 1935, reeditada el 1990, *Sant Ignasi a Montserrat*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
 35. Ignacio, en el libro de los Ejercicios nunca habla del “director”, sino que se expresa diciendo “el que da los Ejercicios”: «La persona que da a otra manera y orden de meditar y contemplar...» [EE 2].
 36. En las *Constituciones de la Compañía de Jesús* se prevé este aprendizaje: «en dar los EE a otros, después de haberlos en sí probados, se tome uso, y cada uno sepa dar razón de ellos... Podrían comenzar a dar los EE a algunos con quien se aventurase menos, y conferir con alguno más experto su modo de proceder, notando bien lo que halla más y menos conveniente.» (C 408-409)
 37. En el primer cuaderno (EIDES nº. 64) comenté algunas cosas que ahora podríamos recordar sobre “el que acompaña a personas situadas”.
 38. La experiencia se recoge ya en buena parte en el tema ya propuesto en el cuaderno anterior.
 39. W. A. BARRY, W.W.J.CONNOLLY, *La pratique de la direction spirituelle*, Paris, Desclée, 1958, pág. 222.